

de los burgueses cuando hablan á los obreros, le preguntó muy simplemente, pero con un tono de autoridad que le indicó al otro que las había con un jefe de su oficio :

— ¿Dónde puede verse aquí al patrón, compañero ?

— Patrón, no lo hay, respondió el hombre. La patrona está en la cocina, en el fondo del despacho de bebidas... Se llama : la señora Meymac.

Designaba, por la entreabierta puerta, el oscuro local de la planta baja.

— Bien. Gracias, compañero ; buenos días.

— Buenos días, caballero.

El despacho de bebidas, oscuro y humoso, pero que, también él, evocaba una sala baja de posada de provincia más bien que un refugio de « apaches », contenía mesas en que aún quedaban platos grasientos y mendrugos de pan. Otro albañil, sentado en un ángulo, dormía, apoyada la cabeza sobre la mesa, al lado de un vaso vacío. Pedro se fué á la cocina. Una mujer, de rodillas, lavaba el piso.

— ¿La señora Meymac ?

— ¡Presente ! dijo la mujer.

Se volvió sin levantarse. Era joven aún, bastante fresca, de aspecto campesino. Al ver á un señor, recogió instintivamente su pelo alrededor de su coloradota cara, y quedó como cortada.

— Señora, prosiguió Pedro, ¿no tiene usted aquí un inquilino llamado Couderc ? ¿Jorge Couderc ?

La mujer se levantó con rapidez.

— Sí, señor. ¿Usted dispensará, verdad ? Está una lavando, es la hora de limpiar la casa, y, justamente, la criada no está... No entre usted, se mojaría los pies... Sí, aquí vive el señor Couderc, en el segundo, frente á la escalera.

Contestaba sonriéndose, con pronunciado acento del Berrí. Miraba á Pedro con marcado placer, é instintivamente corregía el desorden de su atavío. De repente se echó á reír, y añadió :

— Si quiere usted hablarle, dese prisa, porque, después de mediodía, el señor Couderc, aun cuando esté en su cuarto, no hay nadie...

Y, al mismo tiempo, hizo la expresiva mímica de levantar el codo.

— ¿Vive con él su mujer ?

— ¿Su mujer ? Ni sé siquiera si está casado. De cuando en cuando viene á su cuarto una señora rubia, teñida, no muy joven... Pero no vive con él. Vino antes de ayer... ¿Quiere usted que le conduzca al cuarto del señor Couderc ?

— No, contestó Pedro con aquel tono autoritario al que ningún inferior resistía. No se moleste usted; ya sabré yo encontrarlo.

— Como quiera el señor. La escalera está en el fondo del pasillo : dos pisos y la puerta en frente.

Pedro subió los dos pisos. Pensaba : «Tengo agarrado á mi hombre ; nada se ha perdido aún.»

Apenas si llamó, y, sin esperar contestación, entró. No vió ni la sórdida cama, ni las paredes in-



nobles, ni el calorífero medio roto y apagado; no quiso notar el pestilente olor de aquel antro. No vió más que lo que el buscaba: á Couderc sentado junto á su ventana, con pantalón negro y camisa de franela, con sus anteojos, pegando gravemente un botón á su levita.

« Le tengo agarrado, » se dijo de nuevo Pedro. Y, sólo entonces, notó, sobre la chimenea, una botella de ron medio llena, y á su lado una copa vacía.

Couderc, sorprendido, no reconoció á aquel visitante imprevisto. Le miró por encima de sus anteojos, con el aire dulce, un tanto inquieto, habitual en él. No le dejó Pedro tiempo para ponerse en guardia, y le dijo, clavando su mirada en la del otro:

— Buenos días, Couderc.

— ¡Hountacque! exclamó el viejo.

Se levantó bruscamente, posó sus anteojos sobre el apoyo de la ventana, y, en medio de su turbación, se puso la levita, con el botón á medio coser y la aguja colgando al cabo del hilo.

Luego, sacudido todo él por sus acostumbradas muecas:

— Señor Hountacque... usted dispense. Como no esperaba su visita... (Se atolondraba, ofrecía su propia silla.) Pero, tómese la molestia de sentarse... No hay mucho comfortable en mi cuarto... Podríamos bajar al despacho de bebidas, señor Hountacque.

— No, dijo Pedro sentándose, aquí estamos más tranquilos.

No apartó la mirada de su interlocutor, observando

su emoción. « Parece realmente como cogido en el garlito; cierto que está en el ajo. Pero, es mío; no saldré de aquí sin haberle reducido á la impotencia. »

— Sentémonos, Couderc, dijo Pedro con autoridad; tenemos que hablar.

Couderc obedeció. Su aspecto era tan humilde, tan mísero, que resolvió Pedro hablarle severamente.

— ¿No está usted avergonzado?

El viejo se enrojeció, sus ojos pestañearon, sus músculos se desataron de manera más desordenada que de costumbre.

— ¡Ah! La señora de Hountacque le ha dicho á usted... Señor, ella misma fué la que me permitió que le escribiera... Sí, ella misma, en Roquesón. Doña Teresa me dijo: « En lo sucesivo, diríjase usted á mí. » Así es que, creí poder... Además, sólo dos veces he escrito desde entonces, señor Hountacque... pero no lo volveré á hacer, puesto que no es usted gustoso. He estado enfermo... No tengo trabajo... Dispense...

Pedro le interrumpió:

— No se haga usted el tonto, Couderc. No se trata del dinero pedido por usted. Eso, poco me importa. Toleró la mendicidad, pero no las amenazas de escándalo, ¿oye usted?

Pareció Couderc cambiar de cara, pues sus muecas cesaron de repente.

— ¿Amenazas de escándalo? ¿Es á mí á quien usted dice eso?

Tampoco el tono era el mismo, sin balbuceos, con



más seguridad en la voz. Creyó Pedro que el otro se hacía firme, y le hizo frente.

— Sí, amenazas de escándalo. Le repito á usted que se deje de tonterías, pues no pegan conmigo esos aires inocentes, Couderc; en su interés de usted, dígame quién hay detrás de usted, quién dirige sus pasos. No ignora usted que cuesta caro tratar de cerrarme el paso; he podido con gente de más fuste que Majencio y usted. Y, además, usted que ha sido un hombre honrado ¿no le da vergüenza dejarse comprar por enemigos de mi mujer y míos, después de debernos tantos favores?

El viejo se había puesto en pie; escuchaba con suma atención. Hubiérase dicho que las palabras de Pedro obraban sobre sus nervios á modo de picaduras reconfortantes. Su antigua fisonomía pareció reaparecer bajo el antifaz de degeneración que le habían hecho los años y el alcohol, y Pedro reconoció un instante á su antiguo compañero.

— Señor don Pedro Hountacque, contestó Couderc, no tiene usted derecho á insultarme. He solicitado socorros de usted, he caído en la bebida, cierto... Eso, así lo ha querido el destino. Pero soy un hombre honrado, nadie tiene derecho á decir que Couderc no es un hombre honrado.

Una convicción sincera acentuaba, afirmaba las palabras del alcohólico. Comenzó Pedro á darse cuenta de que la situación era más complicada de lo que el había supuesto. Resolvió extremar sus acusaciones, único medio de conseguir que Couderc hablara.

— ¡Nada de protestas, Couderc! En su interés de usted, dígame quién dirige sus manejos. No se le oculta á usted que estoy casi al corriente. Le han comprometido á usted en una campaña contra mí, han comprado su testimonio... Sobre el asunto Camboulives... Ya ve usted que estoy informado. ¡Pobre Couderc! ¿Cree usted que habrá un solo juez de instrucción capaz de tomar en serio su declaración de usted? Usted es quien resultará condenado por falso testimonio y por amenazas de escándalo, y... le estará á usted bien empleado.

Al oír estas palabras, Couderc se puso pálido, pálido. Trató de hablar, mas no pudo articular palabra alguna.

Por fin, se irguió, del todo serenado.

— ¡Hountacque, dijo, Hountacque, no te permito que me hables así!

Á su vez, Pedro se levantó, sorprendido. El antiguo tuteo acudió también á sus labios.

— ¿Qué estás diciendo? ¿estás loco?

— No te permito que me digas que te amenazo con escándalos y que me harás condenar por falso testimonio... Soy un guñapo humano, lo sé... Soy un desdichado, me avergüenzo de mí mismo... Pero temo menos á los jueces que tú, Hountacque.

Pedro hizo un gesto de amenaza.

— No te temo, Hountacque, repuso Couderc. Primeramente, en el estado en que me ves, ¿de qué quieres tú que tenga yo miedo? Y, por otra parte, tú no me asustas. Ahora que estamos aquí solitos, bien



sabes que en esta habitación no hay más que un hombre honrado, y que, ese, no eres tú.

Pedro había conservado toda su sangre fría, pero escuchaba con suma atención las palabras de aquel pobre hombre, quien ahora se excitaba con el sonido de su voz y se volvía declamatorio.

— Yo, soy un hombre honrado. Pudiera haberte hecho saltar billetes y más billetes de mil francos, amenazándote, pues, por más que seas rico y que te consideren, no quisiera estar en tu pellejo. Porque, ¡yo sí que estoy al corriente de tu situación!... ¡ Los cheques Camboulives, números 3.437, 3.439, 3.450 y 3.457! En aquel tiempo, querido, Couderc tenía la vista fina, y no era posible engañarle.

— ¡Estás loco! replicó Pedro.

— ¿Loco? Vas á verlos, esos cheques, y luego me dirás, con ellos delante, si es Camboulives quien los firmó.

Hizo ademán de ir á la cómoda, pero regresó :

— No, correrían peligro ; me los quitarías.

Pedro se encogió de hombros.

— ¿Cómo puedes tener la pretensión de hacerme creer que ocultas en tu cómoda cheques de Camboulives, verdaderos ó falsos? No se sustraen así cheques en un servicio de banca...

Couderc, ya agotado por el excesivo gasto de energía que lo sacudió momentos antes, replicó con voz menos firme :

— Ciertamente que no tengo los cheques, pero tengo las fotografías. Si *usted* me hubiera recibido en Roque-

fón, se los habría dado, sin pedirle nada en cambio... Sólo por agradecimiento á sus atenciones... Yo fui quien, en otro tiempo, tomé esas fotografías, para estudiar tranquilamente las firmas, lejos de mis compañeros. Las firmas son falsas, estoy seguro de ello. Y también lo estaba Hemery, bien lo comprendí yo ; sólo que, me dijo que me quedara quieto... Y no tengo más qué decir...

Cual cortina lentamente bajada, la expresión vaga y sombría caía de nuevo sobre la cara del viejo ; de nuevo se agitaban sus facciones ; sus ademanes se destartaban. Su ira caía como la llama de un papel. Pedro, que, á pesar de su sangre fría, había sentido el roce del viento de la angustia cuando con tanta sencillez reveló Couderc su secreto, se rehizo : « Aún es tiempo », pensó. Con más dulzura en la voz y con afectuoso ademán de la mano sobre el brazo del otro, dijo :

— Couderc, antes te he hablado con dureza por creer que meditabas algo malo contra mí. Veo que me he equivocado, y que sigues siendo el hombre honrado que siempre fuiste. Retiro las palabras injustas que he pronunciado... Dame esas fotografías, sabré agradeceréte.

La íntima humillación que sintió Pedro al pronunciar estas palabras fué agravada por el mutismo de Couderc ; meditabundo, cabizbajo, el viejo no se movió.

— ¿ Me has oído ? insistió Pedro.

Por fin, Couderc contestó :



— Se llevará usted los papeles, dejará usted dinero, y luego irá usted diciendo que he abusado de usted...

Impuso Pedro silencio á su orgullo que se sulfuraba, y dijo :

— Te tengo por un hombre honrado ; te pido eso como un favor.

El semblante del viejo se iluminó.

— ¡ Bien ! Es que, mire usted, señor Hountacque, no me queda mío más que mi honradez. Por cierto que no sé por qué me empeño en conservarla... Sé que de nada sirve ; es más, para todo estorba. En fin, no puede uno cambiarse, y yo soy así.

Se fué á la cómoda y abrió uno de los cajones con una llave que sacó del bolsillo. De debajo de alguna ropa sacó una cartera cuyo cuero no tenía ya más color que el de una indestructible suciedad.

— Aquí están los papeles, dijo.

Seguía Pedro con impaciencia los movimientos, de nuevo indecisos, del hombre. Vió sus temblones dedos abrir la cartera, registrar los bolsillos, sacar, uno después de otro, veinte papelotes que volvía luego á poner en su sitio.

— ¿ Qué ocurre ? preguntó Hountacque.

Coudere volvió hacia él sus ojos atontados.

— Es extraño, no doy con ellos.

— Trae, dijo Pedro.

El viejo entregó sin desconfianza la cartera. Pedro la vació sobre la cómoda. Con la precisión de un perito, examinó los documentos uno tras otro. Eran : certificados, una fe de bautismo, prospectos, un bono

de posta caducado, cartas. Ninguna fotografía de cheque.

Al volverse hacia Coudere, notó que el viejo lloraba.

— ¿ Qué ocurre, te has burlado de mí ?

Sacudiendo la cabeza, Coudere murmuró :

— Me los ha cogido.

— ¿ Quién ?

— Mi mujer, antes de ayer. No comprendía yo por qué venía... puesto que sabía que no tenía yo dinero... Era para robarme esos papeles...

No dijo nada más, y también Pedro se calló. ¿ Para qué recriminar ? La sinceridad del antiguo tenedor de libros no era dudosa. Todo se explicaba : la mujer del alcohólico había servido de instrumento á Majencio ó á los que le hacían obrar. Nada podía ya detener lo inevitable. Pedro, de nuevo, y con más fuerza, sintió el viento de la catástrofe.

— Hountacque, balbució Coudere, estoy muy disgustado. ¡ Ah, la bribona !... Te pido perdón.

Pedro se enterneció. Sacó de su bolsillo un billete de quinientos francos. El otro vacilaba.

— Anda, tómallo, dijo Pedro. No es culpa tuya... Dame la mano.

Algo del pasado revivió en los ojos de aquellos dos antiguos compañeros, tan distantes ahora en la escala social, y de los cuales el más miserable no era el que, lloroso, temblaba de fiebre alcohólica en el umbral de su cuartito de pobre.

— Adiós, dijo Pedro.



— Adiós, repitió Couderc.

Y, desde la puerta, Pedro le oyó que seguía mascullando :

— ¡ Ah la bribona !

Hay, en las crisis morales agudas, como en las crisis físicas, momentos en que el ser más enérgico emplea toda su fuerza en vivir, sin más, en continuar á existir, con objeto de dar á la naturaleza tiempo para recogerse, para intentar la reacción.

Cuando Pedro Hountacque, según la profunda lógica del lenguaje, « volvió en sí », estaba sentado sobre un banco, en uno de los sitios más elevados de Buttes-Chaumont; sacó su reloj y leyó en la esfera : las diez y veinte. Entre el momento en que había oído á Couderc pronunciar : « ¡ Ah la bribona ! » y éste, no recordaba ningún pensamiento. No sabía por qué camino había venido de la calle de Mignottes á aquel banco del parque. Su poderoso organismo había tenido que acudir á todas sus fuerzas para impedir un desfallecimiento del cuerpo; para evitar esos ademanes desordenados, esas palabras incoherentes que se les escapan á los desesperados vulgares. Había andado al azar como un autómeta, pero como un autómeta disciplinado. Ahora, en el sitio en que instintivamente se había colocado, sobre el banco vacío de una avenida desierta, antes de comenzar de nuevo á pensar volvía á tomar conciencia del mundo exterior... El parque... el lago en el fondo del barranco... la roca artificial con su templo... el puente célebre por tantos

suicidios... los lejanos cerros de Montmorency y de Sannois... los obreros sin trabajo... La curva de la verja, alrededor del parque, seguida antes por él, con su andar de sonámbulo... He aquí el mundo interior que, á su vez, se ilumina. Las cosas, los objetos vistos antes de la crisis resurgen en la memoria : el automóvil rojo... el edificio de la Aduana... el hotel, el cuarto de Couderc... la cartera...

Con fuerte inspiración, Pedro bebe el aire fresco de aquella mañana de noviembre, ahora pura, soleada como en los más hermosos días de un final de verano. De nuevo se pone progresivamente á pensar con lentitud, con precaución... ¡ Vaya, intacta sigue su facultad de pensar y de querer ! Es más, hasta se siente, muy pronto, más sosegado y más lúcido que antes, cuando, mientras rodaba en el automóvil, construía todo un andamiaje de hipótesis.

Y es que, entonces, un elemento desconocido paralizaba las conjeturas : ¿ podría, dominando á Couderc, aplastar con el pie la mecha encendida ? Ahora, Pedro ya no dudaba : se efectuaría la explosión... Su suegro y él aunarán sus esfuerzos para amortiguar sus efectos; al cabo de tantos años, se establecerá difícilmente la prueba de las falsificaciones cometidas por Chretien y de su propia complicidad; lo probable será un sobreseimiento. Seis meses antes, habría Pedro considerado aquel asunto como una aventura desagradable de la que le fuera fácil salir. Hoy mismo, se siente con valor para afrontar la situación, si Teresa, aun sola contra todos, creyera en su honradez. « Pero



me he confesado á Teresa... » Ahora que queda agotado el esfuerzo inmediato para parar el escándalo, ya nada le separa de esta angustia suprema, la única que cuenta.

En seguida, con terrible lucidez, ve que ahí está el nudo del destino. Ciertamente que, en el transcurso de la trágica noche precedente, Teresa ha sido compasiva, casi maternal; Pedro ha encontrado reposo al lado de ella. Pero estaban ambos en la acción, pensaban sobre todo, á pesar de todo, en los medios de alejar el peligro inminente. Cuando, dentro de un rato, regrese á su hotel, Teresa le pondrá buena cara, seguramente; tratará de animarle; será resueltamente, en la lucha, su aliada... Aún serán tolerables esos momentos de lucha, durante los cuales, juntos, disputarán, palmo á palmo, su reputación, llegando juntos (Pedro no lo duda) á salvar siquiera las apariencias.

Pero, ¿después?

Después, cuando, terminada ya la lucha, se hallen frente á frente, Teresa disminuida socialmente por la culpa de su marido, y él condenado ante Teresa por su propia confesión, ¿qué será entonces Teresa para él? ¿qué será la vida de ambos?

« Me aborrrará todo reproche, pero no por eso dejaré de haber desmerecido á sus ojos, de ser un caído. Seguirá teniendo necesidad instintiva de mi presencia, pero el amor como antes, jamás volveremos á conocerlo... He adivinado en ella, anoche, el horror de pertenecerme... Y, aunque triunfara de ella por una sorpresa de los sentidos, lo único que ganaría en

ello sería alejarla por completo. La situación es, pues, inextricable. Teresa es necesaria á mi vidia: no una Teresa condescendiente y que me consuele, sino una Teresa á quien su marido inspire orgullo y deseo. Esta Teresa, nunca ya la encontraré.

« ¿Entonces?

« ¿Desaparecer?... »

Esta solución de la muerte voluntaria, que ya más de una vez se había ofrecido á su espíritu como el supremo recurso, Pedro la examinó con sangre fría. No ha mucho aún, antes de conocer á Teresa, él, tan robustamente organizado para combatir, miraba con más extrañeza que desdén á los que en ella se refugiaban. Le parecía que es absurda en sí, puesto que siempre puede uno diferirla, dejarla para cuando otras tentativas hayan fracasado. « Pensaba yo así entonces porque nada en la vida me era indispensable. Comprendía que la pérdida de cuanto yo tenía, de lo que más grato me era, podía repararse... » Pero, desde el día en que cierto ser humano se nos hace indispensable, en que todos los bienes de la vida no tienen valor sino á condición de que los compartan con nosotros, y que hasta parezca que de él emanan esos bienes, ¿qué sencilla, qué razonable, qué fácil parece esa solución de la muerte voluntaria! Vivir sin el ser necesario, ¿no es llevar la muerte en sí y darse cuenta de ello? ¿No es una perpetua agonía?

« Y, aun cuando siga viviendo al lado de Teresa, la he perdido... »

Algo protestó dentro de él.



« Pero Teresa te sigue amando á pesar de todo; engaador, falsario, deshonorado, te quiere; necesita de ti como tú necesitas de ella. Desaparecer voluntariamente de la vida es condenarla á esa intolerable pérdida que te destroza en este momento... y ella no tiene culpa alguna... »

— ¿ Tengo derecho á suicidarme ?

Pronunció estas palabras en voz alta, á pesar suyo. Una muchacha de unos doce años, que estaba jugando á cierta distancia, al oír hablar aquel solitario tuvo miedo y echó á correr.

« ¿ Tengo derecho á suicidarme?... » Al mismo tiempo que la idea de la liberación por la muerte voluntaria, este concepto de un límite moral á su libertad había acudido al espíritu de Pedro desde que conocía á Teresa. Antes de conocer á Teresa, sentíase inteligente, robusto, útil; tenía el convencimiento de que el éxito de sus empresas creaba, no sólo para él, sino para muchos otros, fortuna y felicidad. Fuerza bienhechora, toda su moral consistía en desarrollarse con energía y serenidad. Al utilizar las falsificaciones de Chrétien, al suprimir á Chatién, que había traicionado el pacto de ambos y que se había vuelto amenazador, Pedro había obrado como obra la sociedad cuando expropia ó cuando castiga. Aun actualmente, ningún remordimiento sentía por aquel acto; aun actualmente, no se reconocía responsabilidad ni culpabilidad sino hacia Teresa.

Se levantó, anduvo lentamente. El cielo se volvía indeciso, nubecillas rápidas atravesaban aquel cielo lavado

por la lluvia, demasiado profundo, demasiado azul.

« Cierto que Teresa sufrirá si me mato, y que, al pronto me acusará de un crimen más... Y, no obstante, lo que en este momento me atrae hacia la muerte, no es sólo un egoísta deseo de liberación: es, mucho más, el deseo de que nuestra vida íntima no quede desprestigiada, — rebajada, para Teresa misma, al deseo instintivo de conservar un compañero que ella desprecia... »

Paso á paso, indiferente á las ligeras gotas de lluvia que una nube, delicada como una banda de gasa gris, destilaba del cielo, Pedro fué bajando hasta las verjas del parque. ¿ Adónde iba? ¿ Hacia Teresa ó hacia la muerte? Ni él mismo supiera decirlo, en momento de salir del parque y hundirse de nuevo en el bullicio de aquel París tan populoso, en donde la muerte voluntaria, para un individuo de sangre fría, es tan fácil. « Una caída bien preparada bajo las ruedas de un autobus, y todo se acabó... » Bajó la calle Secretán, ganó los bulevares exteriores llenos de gente. Su aspecto no revelaba, ni al más perspicaz, un desesperado. Además, al andar así hacia lo ignorado, sentía disminuir su angustia. Por fin había visto claro que, lo que le preocupaba, no era su propia suerte, sino la de Teresa. Ó, cuando menos, su propia suerte no le preocupaba ya sino por Teresa. Haría lo que menos doloroso resultara para ella, lo que conservara más dignidad ó duración á la unión de ambos. Él, aceptaba el padecer ó el desaparecer. Inaccesible hasta entonces á las reivindicaciones de la moral de los hombres, el deseo de servir á Teresa le creaba una conciencia.



## III

Casi á la hora en que Pedro salía de Buttes-Chaumont, despertaba Teresa, sobresaltada, del sueño de pesadilla que la había atormentado durante apenas veinte minutos, más largos que una noche. De nuevo se veía sola en su saloncito, postrada en su silla cama, con el retrato de Pedro entre sus manos apretadas nerviosamente. Se incorporó, después se puso en pie, extrañada de ver vacía la habitación. Tenía conciencia de que acababa de ocurrir algo en la vecindad, de que había sido despertada por un ruido de puertas y de voces. En seguida, Gertrudis entró.

— ¿Qué ocurre? preguntó Teresa poniendo sobre la chimenea el retrato de Pedro.

— Señora, ahí está el señorito Majencio, quien pide hablar á la señora.

« ¿Qué viene á hacer aquí? pensó Teresa. ¿Á decir que desarma? Seguramente que no... ¿Á proponer condiciones de dinero?... Tampoco; no es venal.

¿Acaso á intentar algún paso de orden sentimental?... Sí, ciertamente que sí; y la situación no tiene salida; y acaso corra yo el riesgo de cometer algún acto de desesperación contra él ó contra mí. ¡No importa! siquiera le veré, le haré hablar, sabré qué es lo que proyecta. »

— Hágame usted entrar aquí, dijo Teresa á la doncella.

Pensaba :

« ¡Con tal que no vuelva Pedro mientras esté aquí ese muchacho! Lo haría pedazos. »

Llegó Majencio y se detuvo cerca de la entrada, con porte bastante altivo, y mirando cara á cara á Teresa. Mas no le costó á ésta trabajo, conociéndole como le conocía, desentrañar la actitud, la estudiada composición de aquel porte, sorprender la alteración verdadera que ocultaba. Entrevió que, en aquel encuentro, á pesar de lo desamparada que se sentía, de ella sería la victoria. Como él no decía nada, Teresa preguntó :

— ¿Qué me quiere usted, Majencio?

— Necesito tener un momento de conversación con usted, señora, para fijar mi conducta, y creo que también á usted le interesa el escucharme.

La poca naturalidad de la voz, la mirada que se sustraía y que sólo la voluntad volvía á afirmar, todo desmentía el aire de bravata de aquellas palabras. No necesitó esforzarse Teresa para contestar con dignidad :

— Yo, Majencio, nada tengo que decirle. ¿Qué me quiere usted?



El atormentado é inteligente semblante de Majencio se empurpuró, se animó; todo su empaque cedió; fué natural y sincero cuando exclamó :

— ¿Por qué hablarme duramente? Ignora usted cuáles son mis proyectos; nadie los conoce, á pesar de lo que puedan haberle dicho á usted.

— Juzgo de sus intenciones por lo hecho ya por usted, replicó Teresa.

Y ya brillaba en ella un rayo de esperanza.

— No puede usted desaprobar que haya rechazado con violencia el dinero de su marido de usted, dijo Majencio, cuando conocí el verdadero fin de mi padre.

Vaciló Teresa un instante, y luego contestó :

— No... eso .. en rigor... lo concibo... aunque, después de todo, su padre de usted murió reconciliado con su adversario, y no veo que tenga usted que mostrarse más intransigente que él. Su rebelión de usted, su restitución, eso es orgullo exasperado, pero no es vergonzoso; en cambio...

No terminó. Fué Majencio quien dijo, volviendo á su actitud primitiva :

— ¿ Mi visita al Crédito colonial ?

— Diríase que le enorgullece á usted esa acción, replicó Teresa, animándose á pesar suyo. ¡ Ah Majencio, usted tan recto, tan generoso, haber caído tan bajo ! ¡ Usted, denunciador !

— ¡ No soy un denunciador, exclamó Majencio; mienten quienes tal hayan dicho !

— ¿ Qué calificativo da usted á su visita á Hemery ?

— Tiempo hace que el señor Hemery conoce mejor que yo los hechos de que le he hablado.

Teresa se encogió de hombros.

— Nada de palabras evasivas; ¿ no ha pedido usted á Hemery que dé parte á la justicia ?

— Sabía yo que rehusaría.

— Y, al rehusar él, ¿ no le ha manifestado usted su intención de dirigirse usted mismo al fiscal de la República ? ¿ Qué nombre da usted á semejante paso ?

Sonrojado, Majencio balbució :

— No he dado tal paso.

— ¡ Pero va usted á darlo ! Viene usted aquí para proponerme no sé qué condiciones... (Majencio hizo ademán de protesta) está usted meditando esa denuncia... Denunciar á alguien es siempre un acto despreciable; pero denunciar á alguien que le ha hecho á usted tanto bien...

— ¡ Después de mucho mal !

— Que le ha hecho á usted mucho bien voluntariamente después de haberle hecho un mal involuntario; denunciar al marido de una amiga de la infancia, la cual, siquiera ella, no le ha hecho á usted daño alguno, que ha dado pruebas de cariño á su madre de usted y á usted mismo... ¡ ah ! eso... eso es muy bajo.

— ¡ Señora ! interrumpió Majencio.

Pero Teresa prosiguió :

— Eso trastorna todas las ideas que yo tenía de usted... Aun suponiendo que una piedad filial no exenta de despecho le excitara á vengarse de Pedro, debió usted haberse contenido, por consideración á mí.



Mientras hablaba, ya emocionada y á punto de romper á llorar, el semblante de Majencio había traducido una agitación creciente, la impaciencia de replicar. Apenas se hubo callado Teresa, alzó el joven los ojos hacia ella, y, con firmeza no fingida, esta vez, le dijo :

— He obrado, al contrario, para bien de usted. Y de usted dependerá lo que haga desde este momento.

— No le comprendo.

— Me haré comprender. Hace un instante, con paciencia la he dejado á usted insultar mi carácter, mis actos; á su vez, escúcheme. Dice usted que nuestras relaciones antiguas, su... amistad por mí... le daban, en cierto modo, derechos sobre mi persona. ¿Por qué esa misma amistad no me los daría sobre usted? ¡Oh! entiéndame... hablo del derecho de interesarme por usted, de defender su felicidad, su reposo...

Se detuvo. En verdad, no adivinaba Teresa adónde quería llegar Majencio. Prosiguió éste, con voz más baja y más áspera :

— No ignora usted que siempre sentí por usted un afecto intenso, ardiente. Por eso odié su enlace con un hombre sospechoso. Sí, déjeme hablar: sospechoso... Todo el mundo dice de él, con palabras encubiertas y sin pruebas, lo que yo digo abiertamente, lo que puedo probar; el señor Hountacque no era digno de usted. De esto, estaba yo seguro; pero, cuando usted se casó con él, no tenía las pruebas que hoy están entre mis manos; no dependía de mí el impedirle á

usted casarse con él. Hoy día, puedo separarle violentamente de usted: lo hago, y con ello estoy íntimamente persuadido de que soy para usted un bienhechor. Á costa de una crisis dolorosa, pero corta, va usted á reconquistar su libertad... ¿Por qué se sonríe usted irónicamente?

— Porque admiro cómo disfraza usted de interés por mí su egoísta deseo de desquite.

Mejencio quedó perplejo un momento. Por fin, exclamó :

— ¡Así es cómo me juzga usted!... Tendrá usted que retirar lo que acaba de decirme, cuando le pruebe que en poco tengo mi desquite personal... De usted depende que lo sacrifique.

— ¿Á qué condiciones? preguntó Teresa.

Hubo también ironía hostil en su pregunta. El tono injurioso de Majencio, hablando de Pedro, había irritado á Teresa, más quizá que sus proyectos.

Repuso el joven — y ahora la fuga de su palabra y de su ademán subrayaba su sinceridad :

— En vano trata usted de humillarme. No exijo condición alguna. Usted sabe la verdad sobre su marido, su padre de usted la sabe, ó va á saberla. No supongo que cuente usted seguir siendo la señora de Hountacque. Con sólo que me asegure usted que va usted á recobrar su libertad, renuncio á dar parte á la justicia; abandono á su ex marido á su propia conciencia. Poco me importa que la sociedad condene ó no á un falsario más.



Apenas terminaba estas palabras, cuando Teresa, yéndose vivamente hacia él, le dijo :

— ¡Salga usted de aquí, Majencio!

Quedó desconcertado por aquel brusco ataque, y dió, de espaldas, algunos pasos hacia la puerta... Cerca del umbral tropezó con una silla, se detuvo, puso la mano sobre el respaldo, miró á Teresa. Su arrogancia quedaba abatida.

— ¡Ah, balbució... cuánto le ama usted!

No desarmó á Teresa el dolor que tales palabras expresaban, contestó.

— Cierto que sí, le amo totalmente. Le he prometido ser su apoyo así en los días buenos como en los malos : han venido los días malos, y cumplo mi promesa; ningún mérito tengo en ello, pues ningún trabajo me cuesta. De modo que, si es necesario, para impedirle á usted el denunciar á Pedro, que cese de ser su mujer, ¡ande, ande á ver al fiscal! Antes como después de su denuncia, Pedro y yo seremos una sola persona. Todos los golpes que le son dirigidos, me hierén á mí, pero es para mí una felicidad el ser herida al mismo tiempo que él. ¡Ande, Majencio, ande á denunciarnos!

Majencio, temblando cual si tuviera fiebre, murmuró :

— Es usted dura.

— ¿Ha sido usted blando con Pedro, usted?... ¡Márchese!

Casi en voz baja, replicó, agarrado al respaldo de la silla, como para afianzarse á ella :

— No se ensañe usted conmigo, no me eche. ¡No puedo soportar que usted me deteste! Me había yo prohibido el odiar á su marido de usted hasta el día en que conocí el fin de mi padre; entonces sentí un gran alivio. « ¡Tengo derecho á odiarle, tengo derecho! » pensé; y esto borraba toda deuda de agradecimiento.

Quiso ella imponerle silencio, pero él se acercó y prosiguió :

— Le decía yo á usted, antes, que era usted el motivo y el fin de lo que hice ayer y de lo que medito. Pues bien, es cierto, se lo juro... en el sentido que le he dicho... Y, también, en otro sentido que no puedo menos de decirle. He querido arrancarla á usted á Pedro Hountacque, pero he querido también arrancarlo de su pensamiento de usted, de su corazón... he querido que cesara usted de amarle.

— Pero, ¿qué ganaba usted con ello? preguntó Teresa, emocionada poco á poco por la desconsolada angustia de aquel exaltado.

— Me recuerda usted duramente lo poco que significa para usted. ¡Oh, no lo niegue, y, sobre todo, no me ofrezca compasión! No soy, para usted, sino una cosa... una sombra... No obstante (su voz se hizo ardiente y áspera), existo, tengo un corazón... que puede sufrir, manar sangre... No soy lo bastante pueril para haber imaginado nunca que pudiera ser amado de usted, ser su marido. Pero, casada con otro que con Pedro Hountacque, pudiera yo pensar en usted sin amargura.

— Cualquiera que fuera mi marido, dijo Teresa,



me habría yo considerado como ligada á él en la buena y en la mala suerte.

— ¡Eso cree usted! exclamó Majencio... Eso cree usted, pero no es verdad... Casada con otro, á lo sumo hiciera usted causa común con él por deber. En cambio, á Petro Hountacque la ata á usted una fuerza que no es el deber, pero que es más poderosa que todo. La conozco, esa fuerza. Cree uno poder algo contra el ser amado, y, luego... en el momento de obrar, vacila, flaquea... está uno como estoy yo aquí delante de usted, ya sin resistencia, sin voluntad... cautivo ..

Su boca seca pronunciaba con dificultad las palabras; se acercó más á Teresa y le dijo, balbuciente, tropezando en las sílabas :

— ¡Pero, también usted, está cautiva, tanto como yo! Y no es el mérito de Pedro lo que la ata á usted... no es lo que hace por usted... es que necesita usted de él, es que necesita usted estar en sus brazos...

— ¡Majencio! protestó Teresa.

No pudo imponerle silencio. Prosiguió el joven :

— Ha ido usted á él sin razón, lo ha querido usted por marido á pesar de todas las resistencias, y no le abandonará usted nunca, aun indigno, para no perder una caricia.

Teresa, roja de pudor, trató aún de imponerle silencio con la mirada.

— ¿Por qué protestar? Ninguna culpa tiene usted en ello... Eso se llama amor. Hay seres que inspiran

amor... como Pedro... como usted. Otros, no lo inspiran : lo padecen, como yo.

Estaba jadeante. Descansó un momento, agarrado de nuevo al respaldo de la silla :

— ¡Ah, decirse que jamás, jamás!... ¡esa es la horrible cosa que envenena la vida!... Nunca contaré para usted, nunca... Y, no obstante, valgo tanto como Pedro en cuanto á inteligencia... y valgo más que él como moralidad.

— ¡Cuidado, Majencio! dijo Teresa. (Había tenido un momento de compasión; pero de nuevo se irritaba, presintiendo que Majencio iba á seguir atacando á Pedro.) ¡Cuidado! Quiero que, en mi presencia, respete usted á mi marido ausente.

— ¡Respetar á Pedro Hountacque, exclamó el joven, eso sí que no! Si uno de nosotros dos merece el respeto del otro, ese uno soy yo, me parece... Jamás mi pobreza ha perjudicado á nadie. Para restituir á su marido de usted sus dieciocho mil francos, he comprometido siete años de mi vida, de mi trabajo; en cambio, él... (á medida que hablaba se excitaba, y su voz se volvía ronca)... él... por más que sea elegante, que descienda de gente de buena cuna.. que le tiene á usted su persona... no por eso deja de ser hijo de una bribona y un falsario... Sí, un falsario, un fals...

No pudo repetir por tercera vez la injuria, pues Teresa, cogiéndole por las solapas, le sujetaba, débil y desfalleciente; con toda su fuerza de joven amazona, le empujaba hacia la puerta.



Balbució :

— ¡Teresa!

— ¡Le prohibo á usted... le dijo, sin soltar presa... le prohibo que insulte á mi marido! ¿Está usted loco para obstinarse en comprometerle en la responsabilidad de las falsificaciones cometidas por su padre de usted?

Majencio tuvo un sobresalto que le desasíó.

— ¿Mi padre? dijo... ¿Qué tiene que ver mi padre con este asunto?

Tal sincero azoramiento había en la pregunta, que Teresa comprendió.

— Dijo :

— ¿Qué, no lo sabía usted?

Majencio se sentó á tuestas, vacilante, como un hombre que acaba de recibir un golpe sobre la nuca. Por espacio de largo rato, en medio de completo silencio, Teresa oyó el acompasado andar del reloj de la chimenea, cual latidos del corazón de aquel cuarto.

« ¡No lo sabía! pensaba. Pero, quien le ha dicho ciertas cosas, ¿cómo no le dijo toda la verdad? »

Que acabara Majencio de enterarse, en aquel mismo momento, de la complicidad de su padre, ninguna duda ofrecía: la actitud del pobre muchacho lo indicaba claramente. Respirando con dificultad, oscilaba sobre su silla, con balanceo parecido al de los idiotas de hospital. Pero su pensamiento conservaba su lucidez; andaba de nuevo las etapas de su campaña de desquite; las revelaciones de Couderc el interrogatorio de su

madre, cuanto había intentado ésta para detenerle... ¡Hasta el mismo Hemery, insistiendo tanto para que se abstuviera! No fué aquello una lenta cristalización dando por resultado la certidumbre; fué, por decirlo así, una explosión de evidencia en su cerebro.

— Comprendo... murmuró.

Luego, con voz baja, con voz de convaleciente que hace esfuerzos para hablar, y como si hablara de otra cosa cualquiera, preguntó :

— ¿Ha venido mi madre á verla á usted ayer ó esta mañana?

— No la he visto.

— Pues la verá usted... Cuando me despedí de ella esta mañana, adiviné que, desesperando de detenerme, iba á dirigirse á usted. Le pido á usted... le pidó por favor que no le diga que estoy enterado... Es menester que ni lo sospeche.

Se calló. Gruesas lágrimas aparecieron en sus ojos y comenzaron á correr por sus mejillas, sobre su ligero bigote amarillo, sobre las solapas de su americana.

— ¡Oh, murmuró, que sea usted... usted... quien me dé tan tremendo golpe!

Después, al cabo de un silencio :

— Mi pobre papá... ¿Querrá usted creer que estaba orgulloso de él?

Las lágrimas redoblaron. Teresa, enternecida, se acercó. Dijo :

— ¿Le quiere usted menos, ahora?

Majencio sacudió la cabeza :